

---

# JUSTO ARMAS: UNA LEYENDA SALVADOREÑA... ¿UNA PESADILLA MEXICANA?

---

MÓNICA SZENTE VARGA<sup>1</sup>

Al llegar a San Salvador, uno pronto escuchará historias sobre un misterioso forastero descalzo, que vivió más de medio siglo en la capital salvadoreña. Se le conocía como Justo Armas, pero esto, según los locales, era solamente un pseudónimo.

Este ensayo comenzará con los pocos datos biográficos disponibles acerca de Justo Armas, complementados con detalles tomados de relatos populares, para poder llegar finalmente a los orígenes de la leyenda, o más bien *leyendas*, relacionadas con este personaje. El uso del plural aquí es más correcto, puesto que, aunque todos coinciden en que se trata de un Habsburgo, presentan tres diferentes soluciones al enigma: el príncipe heredero Rodolfo, el archiduque Johann Salvator o el emperador Maximiliano, siendo la última la más popular. El objetivo de este análisis no es decidir si alguna de estas versiones es la correcta. Más bien estudiamos el desarrollo de la leyenda de Justo Armas - Maximiliano en sí; su transformación, pasando de ser una curiosidad local, hasta convertirse en un tema de interés general, y las consiguientes reacciones en El Salvador, en México y en Europa.

Al mismo tiempo, aprovecharemos la oportunidad para dar a conocer, en forma breve, un artículo húngaro sobre la ejecución de Maximiliano, escrito por Ede Szenger, un testigo ocular, con la idea de contribuir a la aclaración de los eventos en Querétaro, que es básica en las investigaciones relacionadas con Justo Armas.

## DATOS (?)

Lo poco que se sabe de Justo Armas es que llegó a San Salvador en el siglo XIX y murió allá a una edad muy avanzada, en 1936. Su tumba se encuentra en el sector de los Hombres Ilustres del Cementerio General de San Salvador. Justo Armas dio clases de buenos modales y tuvo un negocio de banquetería, que incluía personal, alquiler de vajillas, adornos, música, etc. Sus servicios fueron muy populares, especialmente en los círculos de alcurnia. Se recuerda también que hablaba varios idiomas y que sus contactos llegaron a las capas

---

<sup>1</sup> Doctora en Historia por la Universidad de Szeged, Hungría, 2005. Profesora titular en la Universidad Pannon (Veszprém). Áreas de investigación: minorías, corrientes migratorias, imagen de Hungría, relaciones internacionales, historia de la Península Ibérica y de América Latina.

más altas de la sociedad del país. Llevó una amistad muy estrecha con la familia Arbizú, quienes al final de su vida lo cuidaron y fueron más tarde sus herederos. Entre los objetos dejados por Justo Armas, ahora propiedad de los Arbizú, abundan los originarios de México, supuestamente pertenencias de Maximiliano.

Un rasgo particular del siempre bien vestido Justo Armas, que llamaba la atención, fue que andaba descalzo. La razón, según el recuerdo popular, fue una promesa hecha a la Virgen de Guadalupe (otras versiones mencionan a la Virgen del Carmen) por haberlo salvado de la muerte.

## LOS ORÍGENES DE LAS LEYENDAS

El misterio que le rodeaba a Justo Armas exaltaba la imaginación de los lugareños. Los rumores de que se trataba de un príncipe europeo, comenzaron a circular ya durante su vida y su figura se integró al folklore local. Para los 1990 quedaban muy pocas personas vivas que hubieran tenido contacto personal con él, pero el hecho de que iban desapareciendo los últimos testigos, parece haber despertado las ganas de rescatar la historia del supuesto príncipe.

*The Crown Prince Rudolf: His Mysterious Life After Mayerling [El príncipe heredero Rodolfo: su vida misteriosa después de Mayerling]* es un escrito del Dr. Enrique Lardé, publicado en los Estados Unidos, tras la muerte de su autor. La historia de Lardé se podría contar como sigue, con base en el resumen hecho por John Lamperti<sup>2</sup>, un investigador estadounidense: El príncipe Rodolfo no murió en Mayerling en 1889, sino que se fue de Europa en compañía de su buen amigo y primo Johann Salvator, y juntos llegaron a América Latina. Su barco se hundió en una tempestad, y Rodolfo fue el único sobreviviente, rescatado por unos pescadores. Tras unos años de andanzas, llegó a San Salvador, y se alojó en el único hotel de la ciudad, el Hotel Europa, propiedad de Jorge Lardé y de Doña Amelie Arthés de Lardé. La señora y Justo Armas se enamoraron y nació así Enrique Lardé (1899-1993), quien no supo nada de esta extraordinaria historia, hasta que escuchó la confesión que su madre hizo antes de morir.

La otra leyenda, la de Justo Armas – Johann Salvator, muestra muchas semejanzas con la que acabamos de detallar. Está incluida una tempestad, un barco que se hunde, un único sobreviviente, en este caso Johann Salvator,<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Matemático, profesor visitante en El Salvador. Cuenta con varias publicaciones en matemáticas y en asuntos de América Central.

<sup>3</sup> (1858-1890). Miembro de la línea toscana de los Habsburgo. Renunció a sus títulos, tomó el nombre de Johann Orth y se casó con una bailarina de ópera, con quien se fue a vivir a América Latina. Desapareció en un viaje por mar en 1890. Fue declarado muerto en 1911, pero existen versiones no oficiales según las cuales no murió en el naufragio. Una es precisamente la de Justo Armas en El Salvador, y otra es la de Hugo Köhler, en Noruega.



quien pasará el resto de su vida descalzo en El Salvador, e inclusive aparecen algunos descendientes suyos, como la misteriosa nieta, Doña Lety, actua – mente en sus noventas. Estos y otros detalles se pueden encontrar en sitios de Internet, donde queda mencionado también Sir Sydney Martin Stadler, como un investigador activo en los sesentas, quien se declara a favor de la solución Justo Armas – Johann Salvator. Este personaje, miembro de la Excelentísima Orden del Imperio Británico, se desempeñó en dichos años como vicecónsul honorario y agregado comercial honorario de Gran Bretaña en El Salvador.<sup>4</sup> Sin embargo, treinta años antes, en el intercambio de notas para la prórroga del acuerdo sobre relaciones comerciales entre Gran Bretaña y El Salvador, aparece un funcionario inglés con el mismo nombre, pero sin el título de *Sir*, como Encargado de Negocios *ad interim*.<sup>5</sup> Podría ser la misma persona, o más bien tratarse de un familiar, tal vez el padre del investigador. Una persona, en fin, que habiendo estado en El Salvador en los treintas, podría haber tenido contacto personal con Justo Armas, o por lo menos haber escuchado directamente los rumores que circulaban cuando murió.

Ni la leyenda de Justo Armas - Johann Salvator, ni la de Justo Armas – Rodolfo logró tener un eco internacional. En cambio, la historia de Justo Armas – Maximiliano sí. Su éxito se debe en buena parte a las investigaciones de Rolando Ernesto Déneke Sol. Déneke, arquitecto de profesión e invest – gador aficionado, fue cautivado por el personaje de Justo Armas y decidió rastrear su verdadera identidad. Al asumir de que se trataba de Maximiliano de Habsburgo, esto necesariamente implicó que Maximiliano no pudo morir en 1867. Para reforzar su hipótesis, Déneke tenía que refutar la ejecución en Querétaro. Los principales argumentos que utiliza son: irregularidades alrededor del fusilamiento (lo pospusieron por días, después se realizó antes de la hora indicada), falta de espectadores, problemas en cuanto a embalsamar el cuerpo, que quedó muy deteriorado y difícil de reconocer, tardanza en e – tregar el cadáver, lánguida protesta desde Europa, en particular desde Viena.

## PUNTO DE VISTA HÚNGARO

Refutar o apoyar estas ideas, no pertenece a los objetivos de este ensayo. Pienso no obstante que sí es un deber ampliar las fuentes disponibles en cuanto a los eventos de 1867.

---

<sup>4</sup> Ordinary Members of the Civil Division of the Order of the British Empire, IN: *Supplement to the London Gazette*, 1-1-1968, <http://www.gazettes-online.co.uk/issues/44484/supplements/20/page.pdf>, bajado de Internet el 10-04-2010.

<sup>5</sup> Société des Nations — Recueil des Traités: No. 2945, 1936, pp. 420-21., [http://untreaty.un.org/unts/60001\\_120000/19/1/00036025.pdf](http://untreaty.un.org/unts/60001_120000/19/1/00036025.pdf), bajado de Internet 10-04-2010.

*Estuvo presente* en la ejecución en Querétaro un médico húngaro, el doctor Ede Szenger (1833-1904), quien llegó a México en 1865. Se desempeñó como médico militar en Teotitlán del Camino, Oaxaca, en la Ciudad de México, y en Puebla, llegando a ser médico principal –lo que equivaldría actualmente a Director– del hospital militar austriaco de Puebla y Caballero de la Orden de Guadalupe. Tras la caída del imperio se quedó en México, y abrió una práctica privada en San Luis Potosí, convirtiéndose en uno de los médicos más cotizados de la ciudad. Fue fundador de la Sociedad Médica Potosina, con publicaciones en *La fraternidad*, periódico de la asociación. En los setenta, Szenger regresó a Hungría, y en 1877 publicó el libro *El altiplano mexicano desde un punto de vista fisiológico y patológico* [Mexico felvidéke élet és kórtani tekintetben]. Se trata de un volumen en húngaro, destinado como una contribución al desarrollo de la ciencia médica de su país natal. Tan importante fue para él este tema, que en su testamento dejó 20.000 coronas para la Asociación Real de Médicos Húngaros. Así se fundó el Premio Ede Szenger, con el fin de promover trabajos de investigación, en el marco de un concurso anual. Los escritos de Ede Szenger se concentraron en cuestiones médicas. Una importante excepción sin embargo fue su minucioso artículo *La muerte del emperador Maximiliano* (Miksa császár halála), publicado en ocasión del noveno aniversario de la muerte del emperador. A continuación se ofrecerán detalles de dicho escrito.<sup>6</sup>

*[...] Existe toda una literatura sobre el emperador Maximiliano [...] pero su muerte no ha sido dada a conocer en detalle al público, por lo menos aquí en Europa, porque solamente hubo cuatro testigos europeos presentes en la ejecución: un diplomático, dos comerciantes, y el cuarto, el autor de estas líneas, un médico. Entre ellos nadie ha escrito sobre aquel fatal momento hasta ahora.*

*[...] En aquellos tiempos [yo] vivía y trabajaba en San Luis Potosí. [...] El 16 de junio por la tarde-noche recibí un aviso inesperado del barón de Magnus [encargado de negocios de Prusia en México] para que lo visitara inmediatamente.<sup>7</sup> Lo encontré junto a su escritorio, en un estado muy lúgubre. Tras unos breves saludos, me dijo:*

*«Señor doctor, lo que temíamos desde hace días, ha sucedido. El tribunal*

<sup>6</sup> Selección y traducción del húngaro al español: Mónica Szente-Varga.

<sup>7</sup> Que también residía en San Luis, en virtud de haberse trasladado el gobierno de Juárez a dicha ciudad durante esa parte del conflicto.



*militar condenó al emperador a muerte. [El general Mariano] Escobedo firmó el veredicto y Juárez lo confirmó. Todos nuestros esfuerzos fueron en balde. Juárez dice que no puede impedir la ejecución de la ley,<sup>8</sup> no puede perdonar al emperador. El bien general, el aseguramiento de la tranquilidad del país y el principio de la democracia tan gravemente violado demandan sacrificio. El fusilamiento del emperador fue planeado para las tres de la tarde del día de hoy, pero yo intervine para que lo pospusiesen hasta el miércoles. Así, uno, ganamos tiempo, y dos, puedo volver a ver al emperador otra vez y recibir sus últimas disposiciones. Al mismo tiempo, si ya no podemos esquivar este horrible acontecimiento, por lo menos podemos recibir el cadáver del desventurado emperador y transportarlo a Europa. Con este fin es que lo necesito, doctor. Usted tendría que embalsamar el cuerpo. «¿Estaría dispuesto?» Inmediatamente contesté que sí. Entonces continuó: «Seguramente hay una gran escasez de todo en Querétaro tras el largo sitio, apenas habrá disponible algo allá, [...] por lo tanto es menester que lleve usted consigo todos los químicos necesarios para el embalsamamiento. Pero dese prisa porque hoy mismo por la noche viajaremos a Querétaro en una diligencia.»*

*Era domingo, pero interrumpí la calma de los farmacéuticos y reuní las sustancias necesarias que después tuvieron que ser empacadas con mucho cuidado para aguantar el viaje en la diligencia por los accidentados caminos mexicanos.*

*Después de dar las necesarias instrucciones a uno de mis colegas acerca de mis pacientes, y de terminar con los preparativos para el viaje, ya muy entrada la noche, me apersoné por fin en la casa del cónsul de la Confederación Alemana del Norte, J[ohn] H. Bahnsen, donde el barón de Magnus se alojaba. Aquí volví a encontrarme con la princesa Salm<sup>9</sup> quien regresó a San Luis, al haber sido expulsada de Querétaro. Se hizo medianoche cuando todos estuvimos listos para partir. Estábamos sin ánimo y sin palabras. Un desconocido hubiera podido pensar que se*

<sup>8</sup> La ley del 25 de enero de 1862, bajo la cual fueron declarados traidores.

<sup>9</sup> Agnes Elisabeth Winona Leclerc Joy (1844-1912). Se casó con el príncipe Felix Salm-Salm, a quien acompañó tanto en la Guerra Civil en los Estados Unidos como en el conflicto militar en México, donde estuvieron apoyando al emperador Maximiliano.

*trataba de un grupo de mudos. Cada uno bebió su té sin hablar, o comió algo. Nos despedimos brevemente y tomamos nuestro lugar en la diligencia. Éramos cuatro: el barón de Magnus; Bahnsen, cónsul norte-alemán; [el comerciante] Karl Stefan y yo. Tanto nosotros mismos como nuestros sirvientes íbamos fuertemente armados, para poder enfrentar todas las posibles dificultades de un viaje en México.<sup>10</sup> [...]*

*[Tras un largo e incómodo viaje de más de treinta horas] a las 10 de la mañana del 18 de junio llegamos a la ciudad de Querétaro, convertida en gran parte en pilas de ruinas. [...] Para esta fecha ya hacía casi dos años que no había visto al emperador Maximiliano. La última vez que lo vi fue el 18 de agosto de 1865, en una cena y recepción para festejar el cumpleaños de su majestad Francisco José. Encontré al emperador un poco adelgazado, que no era de extrañarse, pues aparte de que tendió a enfermarse mucho en México, había sobrevivido la miseria de un sitio de dos meses, y había estado prisionero por más de un mes. Estaba vestido en unas simples ropas civiles: Todo su comportamiento era tranquilo, honorable y humilde, y me dio la impresión de que el malhadado emperador estaba completamente consciente de la situación.*

*Pasé el resto de las horas del día con los preparativos del embalsamamiento, desempacando y alistando los útiles y las herramientas. El peor problema era que no disponía de suficiente cinc clórico, pero un farmacólogo me prometió que prepararía suficiente para el día siguiente a mediodía.*

*Quería descansar, porque no había dormido en una cama por dos noches seguidas, y desde nuestra llegada a Querétaro, precedida por un penoso viaje de 36 horas, había estado muy activo, y además con el ánimo muy bajo. Estaba muerto de cansancio, y justo a punto de acostarme, dos policías entraron a mi cuarto y me llevaron a la comisaría. Aparte del*

---

<sup>10</sup> Szenger habla de una manera negativa de la seguridad. La razón podría ser que hace su escrito para un público húngaro, que espera los elementos de violencia, pues formaban parte de la imagen de México. También hay que añadir sin embargo, que los comentarios de Szenger pierden mucho de su filo despectivo si tomamos en cuenta las circunstancias bélicas en México, que inevitablemente conllevaban un alto grado de violencia.



*inicial susto, allá no pasó nada, porque cuando le dije al jefe de la comisaría que había estado con Escobedo, inmediatamente me dejó libre. La ciudad estaba bajo una estricta vigilancia, porque temían que el emperador Maximiliano pudiera escaparse, así que estuvieron controlando a todas las personas rigurosamente.*

*Apenas amaneció el 19 de junio, me puse en pie y me apresuré a ver al doctor Reyes –médico y amigo de Miramón– para recibir el ataúd, con el fin de transportar el cadáver, así como la maquinaria para moverlo. Después conseguí una sábana con la señora Rubio C., y algunos pañuelos. Al regresar, encontré al barón de Magnus y a nuestros dos compañeros de viaje listos para partir. Subimos al carruaje y lo hicimos conducir hacia el Cerro de las Campanas, donde el emperador Maximiliano se encontraba prisionero y donde le tocó su temprana muerte. En las calles se veían muchos soldados, y en cambio había muy pocos civiles curiosos. La población de Querétaro siempre tendió a ser clerical, y a pesar de las miserias de un sitio largo, las privaciones sufridas, las rigurosas reglas militares y los abusos, mostró que quiso sinceramente al emperador, lo lloró y manifestó su compasión hacia el prisionero al no querer estar presente curioseando en su último camino. En cambio, todas las iglesias estuvieron a reventar, y varios miles de personas rezaron para que la muerte del emperador fuese fácil, y para que el todopoderoso le concediese la gloria de la vida eterna. Y esto en México no es nada más una costumbre superficial. Residí allá por varios años y estuve en contacto con familias locales constantemente, por lo tanto tuve bastante oportunidad para comprobar de qué son capaces allá las mujeres en cuestiones de rezo.*

*En la parte del Cerro de las Campanas que mira hacia la ciudad, se encontraban unos 3,000 soldados formando un rectángulo, con un lado abierto. Más lejos había caballería. No tuvimos que esperar mucho. Muy pronto se acercó un grupo de soldados desde la ciudad, escoltando tres carruajes. El emperador Maximiliano bajó del primero, en compañía de dos curas; en el segundo venía [el general Miguel] Miramón, y en el*

*tercero [el general Tomás] Mejía, cada uno acompañado por un cura. El emperador Maximiliano vestía un abrigo negro, chaleco y pantalones. Su rostro estaba tranquilo, alzó su cabeza descubierta, miró a su alrededor y devolvió mi saludo. Estuve apenas a unos pasos de él. En cambio, el barón de Magnus y nuestros dos compañeros de viaje se encontraban más arriba en la colina.*

*Tras detenerse un momento, el emperador Maximiliano se dirigió a los otros dos prisioneros y dijo: ¡Vamos, señores!*

*Al llegar al rectángulo formado por la infantería, abrazó a sus dos compañeros y a los dos curas, y después se acercó a los soldados encargados de tirar, y les dio a cada uno una onza de oro. Después de tomar su sitio unos pasos enfrente de los soldados, dijo con voz firme, que se oía desde lejos:*

*—«Voy á morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. Deseo que mi sangre sea la última que se derrama en este desgraciado país. Muelo inocente y perdono á todos.»<sup>11</sup>*

*Estas fueron sus últimas palabras, y cualquier otra versión es infundada. Después Miramón habló valiente, inclusive entusiasmado. Y después llegó el momento del fusilamiento cuya posibilidad mi alma agitada nunca hubiera podido creer [como factible].*

*El emperador Maximiliano estuvo a la izquierda; junto a él, en el centro, Miramón, y a la derecha Mejía. El emperador Maximiliano partió su barba en dos y señaló su pecho. El oficial al mando bajó su espada y el emperador Maximiliano se desplomó hacia atrás en el suelo, mitad cubierto por el polvo de la pólvora. Al mismo tiempo se desplomaron sus socios, Miramón y Mejía. [...] El emperador Maximiliano no murió*

---

<sup>11</sup> La referencia de Szenger a „mis hombres” es un poco misteriosa, porque nunca habla de haber contratado a alguien, y cuando describe la llegada de los carruajes, lo hace como si estuviese solo. Pero tenemos que tomar en cuenta de que estamos en una época cuando los sirvientes, aunque están presentes, no necesariamente se cuentan o se mencionan. Por ejemplo Szenger dice que fueron cuatro los que viajaron a Querétaro, pero más tarde se revela que todos llevaban sirvientes. Ésta podría ser también la explicación de la falta de mención del sirviente y cocinero húngaro de Maximiliano, de nombre Tüdös, en la narración de Szenger.



*inmediatamente, se supone que decía «hombre, hombre», y por eso le dieron tres tiros de gracia a su cuerpo. [...]*

*Me apresuré con mis hombres<sup>12</sup> al lugar donde el malogrado emperador yacía de espaldas, con seis balas en el cuerpo. Cubrí sus despojos de la mirada de los soldados y oficiales congregados a curiosear. Até su barbilla, colocamos el cadáver en el ataúd y lo cerramos. Entretanto iba creciendo alrededor de nosotros la multitud de soldados, oficiales, policías y gente curiosa. Algunos sacaron sus pañuelos y los mojaron en la sangre que se encontraba en el suelo o en la sábana que cubría el cadáver. Algunas ancianas corrían por aquí y por allá sollozando, hasta que por fin las ahuyentaron, espada en mano. De repente se me acercó el general [Jesús] Díaz de León y me preguntó si era pariente (?) de Maximiliano. Le informé sobre mis deberes y después me dejó trabajar en paz. Pero cuando mis hombres estaban a punto de llevarse el ataúd, se me acercó el coronel Miguel Palacios y me dijo que según la orden rigurosa de Escobedo,<sup>13</sup> no podía entregar el cadáver de Maximiliano a nadie, sino que sería trasladado a la ciudad bajo escolta militar. Y así lo hizo sin tardanza.*

*[Al regresar a la ciudad, el barón de Magnus y el doctor Szenger fueron a ver a Escobedo]. Escobedo dijo que debido a la orden del presidente de la república, él ya había tomado medidas para que se embalsamara el cadáver. Encargó esta tarea al médico militar Riva d' Eneira<sup>14</sup> y al doctor Licea, pero [me dijo] que él no tenía ningún inconveniente si yo deseaba unirme a los médicos mencionados para participar en la operación. Inmediatamente me dirigí pues a la iglesia capuchina donde yacía el cadáver del emperador Maximiliano, y donde ya estaban presentes los*

---

<sup>12</sup> Es de notarse que Szenger utiliza los títulos militares en todos los casos con la excepción del general Mariano Escobedo, a quien invariablemente pone como Escobedo y lo pinta con los tonos más negativos entre los republicanos, describiéndolo como „Napoleon en Wagram”. Tal vez vale la pena recordar un acontecimiento que menciona el historiador Egon Corti, en el sentido de que en una ocasión Mejía había salvado la vida de Escobedo. Fuente: CONTE CORTI, Egon Caesar: *Maximiliano y Carlota*. FCE, México, 2<sup>da</sup> reimpresión, 2004, p. 596.

<sup>13</sup> El nombre correcto es Ignacio Rivadeneira.

<sup>14</sup> (1837-1905). Sus memorias, *Erinnerungen aus Mexico*, fueron publicadas en Leipzig en 1868, y en México en 1870 como *Recuerdos de México, memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano*.

médicos mexicanos mencionados, así como el doctor [Samuel] Basch,<sup>15</sup> haciendo los preparativos para la operación.

*El doctor Basch no pudo ayudar mucho debido a su grave disentería, y al doctor Riva d' Eneira le faltaba confianza en sí mismo. Así que yo y Licea comenzamos a trabajar y nos estuvo apoyando Rivera, médico auxiliar de hospital. Se pudieron observar las siguientes heridas en el cadáver: dos balas entraron en la región del corazón, una tercera un poco a la derecha del esternón, otras dos en la región del hígado, y la sexta abajo del ombligo. En su espalda había cinco aberturas, consecuentemente cinco balas atravesaron el cuerpo y quedaron en el suelo, pero la sexta tenía que estar dentro. Tras abrir el tórax la encontramos. Me hubiera gustado sacarla y guardarla como una reliquia, pero mis colegas mexicanos no me lo permitieron –tal vez ellos mismos querían también conservarla. Para mediodía estuvimos listos con los preparativos generales y también aprestamos los órganos internos para su conservación separada.*

*Mientras estábamos ocupados con todo esto, llegó un oficial con la orden de Escobedo para que entregáramos toda la ropa que el emperador Maximiliano llevaba puesta. Nosotros ya habíamos juntado la ropa, amarrándola en la sábana que llevé al lugar de la ejecución. Les pedí que me devolvieran mi sábana y mis pañuelos, que hubieran sido reliquias apreciadas para mí, por las manchas de sangre que tenían, pero hablaba en balde. Finalmente el oficial se puso grosero, un soldado levantó el nudo de ropa y los dos se marcharon llevando consigo las prendas perforadas del emperador. Varios visitantes nos molestaron en nuestro trabajo por la mañana; vinieron en grandes números soldados y civiles, en parte por curiosidad, en parte para recibir alguna cosita que pertenecía al emperador Maximiliano. Ninguno de sus deseos pudo ser cumplido, puesto que no teníamos nada. El emperador Maximiliano regaló todas sus pertenencias en los últimos días, y yo mismo por ejemplo ni siquiera pude conseguir un trocito del plomo, que usaba el emperador para escribir. [Asimismo,] hizo mandar sus últimas cosas a*

<sup>15</sup> El doctor Samuel Basch contradice la información de Szenger en el sentido de que según él ninguna bala se encontró en la autopsia, que todas las seis atravesaron el cuerpo.



*diferentes miembros de la familia imperial. Solamente quedó la cama de hierro donde descansaba durante su cautiverio, pero Riva d' Eneira dijo que el emperador le había regalado la cama a él, y el doctor Basch, que era de muy buena fé, estuvo dispuesto a creer esto y dársela. Más tarde las cosas que supuestamente pertenecieron al emperador Maximiliano en sus últimos días se convirtieron en un verdadero negocio. Recuerdo que los periódicos mexicanos criticaron en especial el comportamiento del Dr. Licea, porque él especuló con estos supuestos recuerdos. Yo lo único que logré conseguir fue un mechón de pelo, que en gran parte tuve que repartir más tarde. Lo poco que quedó es un recuerdo para siempre apreciado y triste. Recuerdo de un acto sangriento, en la falda del Cerro de las Campanas, del cual fui testigo ocular.*

*Por la tarde recibimos la solución de cinc clórico, buscamos los vasos sanguíneos principales de las extremidades, y pusimos la inyección con el máximo cuidado. Hicimos la operación el Doctor Basch y yo, con la ayuda del caso. Seguimos luego con las inyecciones parenquimáticas, y con esto la parte más difícil y delicada estuvo lista. Para entonces ya había anochecido y no pudimos trabajar más.*

*Cuando al día siguiente por la mañana me apersoné para continuar con la operación, Riva d' Eneira me hizo saber que tenía que abstenerme de una participación directa en el futuro, porque el deseo del gobierno era que fuesen mexicanos quienes hicieran el embalsamamiento. Lerdo de Tejada mandó una orden a Escobedo por vía telegráfica según la cual «si alguien pidiese permiso para embalsamar el cadáver de Maximiliano, u otra medida relacionada, no se deberá autorizar. Aunque la presencia de los extranjeros no es indeseada, la operación tiene que ser realizada por hombres mexicanos que gocen de toda la confianza de usted, y el gasto será financiado por el gobierno».*

*El día de hoy el Doctor Basch tuvo que guardar cama por su enfermedad y yo me limité a observar si todo se hacía adecuadamente. Más tarde el Doctor Basch me relevó, y yo volví a San Luis Potosí. [...]*

*Yo no encuentro el destino del emperador Maximiliano digno de lástima, porque la vida y el destino de un emperador no se pueden estimar utilizando los mismos parámetros con los que definimos a la gente común. Supongamos que Maximiliano no hubiera encontrado su temprana muerte en México y hubiera regresado a Europa y vivido por largos años como un emperador que había perdido su trono, junto a su infortunada esposa, después de que su misión, la de fundar un nuevo imperio, sufriera un naufragio completo. Naturalmente hubiera podido vivir mucho, pero ¿realmente hubiese sido ésta una vida satisfactoria, languidecer en el castillo de Miramar, enterrado bajo sus planes arruinados y bajo los despojos de su grandeza terrenal y de su gloria histórica tanto sonadas? Pero así cayó aquello por lo que estuvo luchando y así también murió él. Tras la partida de los franceses puso la corona en su cabeza, y el punto de que realmente tomó en serio el principio de «gare qui y touche» está demostrado por el hecho de que solamente se la pudieron quitar junto con su cabeza. Fue justamente su muerte lo que le convirtió en un héroe. Quedó rodeado por el halo del martirio, y esto es más apreciado para un descendiente imperial que la vida cómoda y tranquila en Miramar. [...]»<sup>16</sup>*

Cabe mencionar aquí, que en general no se puede detectar un gran interés de la prensa húngara de la época hacia el destino de Maximiliano. En 1867 el tema apenas fue mencionado, porque fue justamente el momento del nacimiento de la Monarquía Dual Austro-Húngara. Entre la coronación de Francisco José como rey de Hungría (8 de junio de 1867) y los disparos en Querétaro (19 de junio) solamente pasaron 10 días. Hungría todavía estaba festejando las nuevas bases constitucionales, el nuevo estado, y al monarca recién coronado. En estos momentos los acontecimientos mexicanos parecían ser aún más lejanos. Naturalmente muchos se enteraron de que el emperador Maximiliano fue ejecutado, pero su muerte no resultó en reacciones particulares. “Hace algunos meses, en ultramar, una corona cayó, sangrante. La figura del monarca descansa entre las ruinas del imperio. Se equivocó, sobreestimó su fuerza y sucumbió. Nosotros no tenemos nada que ver con la personalidad coronada [y caída]. Pero el tiempo lo juzgará”,<sup>17</sup> opinó una revista. Más tarde, cerca de la fecha de los aniversarios, siempre hubo algunas menciones o un

<sup>16</sup> SZENGER, Ede, Miksa császár halála, IN: *Magyarország és a Nagyvilág*, XIII, 1876, núm. 25, pp. 383-389.

<sup>17</sup> Miksa császár mint író [El emperador Maximiliano como escritor], IN: *Magyarország és a Nagyvilág*, III, 1867, núm. 40, p. 473.



artículo, como el de Ede Szenger, o en otra ocasión, detalles del escrito del doctor Samuel Basch. Su libro sin embargo no se tradujo al húngaro, lo que podemos considerar como otra indicación de la falta de interés. En la segunda mitad de los 1860 el *status quo* europeo iba cambiando. Consecuentemente Hungría, Austria, y en general Europa estaban ocupadas con los acontecimientos locales: la unificación italiana, la unificación alemana, la Monarquía Dual Austro-Húngara, etc., y esto es la razón principal del relativo desinterés hacia México.

## REACCIONES MEXICANAS

El factor más importante en la “internacionalización” del mito Justo Armas – Maximiliano fue el hecho de que esta tradición, en contraste con las otras dos posibilidades mencionadas para el mismo personaje, hirió sentimientos nacionales. La llegada de la historia Justo Armas – Maximiliano causó un verdadero *shock* en México. Uno, porque no había antecedentes, es decir, tanto según la historia oficial, como según las versiones populares, Maximiliano murió en Querétaro.<sup>18</sup> Dos, porque la leyenda de Justo Armas, aunque se originó en un lugar tan cercano como El Salvador, tardó más de un siglo en divulgarse en México, produciéndose por lo tanto un fuerte contraste entre la proximidad geográfica y la distancia cronológica. Y tres – y esto es lo más importante – un Maximiliano convertido en Justo Armas, hubiera causado unas heridas difícilmente curables a los mitos del emperador Maximiliano y sobre todo de Benito Juárez. El emperador Maximiliano con toda certeza no fue una personalidad muy popular en el México del segundo tercio del siglo XIX, sin embargo su martirio mejoró mucho su imagen. Con el tiempo, comenzó a convertirse en un héroe no comprendido, que murió por México, según sus últimas palabras. ¿Acaso no fue tan valiente? ¿Acaso no vale la pena morir por México? Benito Juárez, por su parte, aparece en los libros de texto como un hombre de estado muy estricto, que no conoce excepciones, que observa la ley al pie de la letra y que heroicamente defiende la independencia de México a través de la políticamente necesaria ejecución en Querétaro. Pero si la leyenda salvadoreña fuese verdad, se comportó entonces de una manera bastante diferente. Un gran político sí, pero uno que aplica soluciones alternativas y hace excepciones.

---

<sup>18</sup> Con base en el mismo punto de partida, esto es, que un masón no puede matar a otro masón, llegaron a conclusiones muy diferentes en El Salvador y en México. La masonería forma uno de los argumentos principales de Déneke, en el sentido de que fue la razón primordial de la acción de Juárez al dejar marcharse a Maximiliano. En contraste, según el folklore mexicano, Juárez no murió de muerte natural, sino que fue envenenado, por haber matado a un hermano masón, a Maximiliano.

En total, a los ojos de muchos mexicanos, la leyenda de Justo Armas – Maximiliano hubiera denigrado no solamente a la figura del emperador Maximiliano, por haber escogido huir en vez de morir fusilado, sino también al concepto de México como país, por convertirlo en un lugar por lo que no vale la pena morir, y al mismo tiempo hubiera deteriorado la imagen positiva de Juárez, como parte fundamental en la formación del México moderno. Por lo tanto la leyenda salvadoreña, apoyada por las investigaciones de Déneke se consideró como algo peligroso, y toda una serie de expertos mexicanos, como Silvio Zavala, José Luis Martínez, Nicole Giron, Patricia Galeana, José Ortiz Monasterio y Jean Meyer,<sup>19</sup> trataron de refutarla. Esto sin embargo dio una inesperada difusión a las teorías de Déneke. En la actualidad difícilmente podría aparecer un libro en México sobre el emperador Maximiliano, sin mencionar a Déneke y sus ideas, y expresar alguna opinión al respecto. Por su parte Konrad Ratz razona de esta manera:

*La hipótesis de que Maximiliano logró escapar de la prisión, no tiene ningún sustento documental. Al contrario, hay más que suficientes documentos que prueban que Maximiliano murió en Querétaro [...] Queda de todos modos la interrogante: ¿Quién era Justo Armas? [...] El hablar bien el alemán y otros idiomas europeos era habitual en muchos oficiales bien educados del cuerpo de voluntarios austríacos, aristócratas o no. De los 6.000 integrantes de dicha tropa, sólo 3.600 regresaron con los franceses, 800 después de la caída del imperio, y el resto, si no murieron en los campos de batalla, se quedaron en México o se fueron a otros países. Sin aventurarme a ninguna hipótesis en un campo que no es mío, sugiero que la persona con el pseudónimo Justo Armas era uno de los oficiales voluntarios.”<sup>20</sup>*

Otro punto que vale la pena mencionar es que debido al alto número de oficiales que quisieron entrar en los cuerpos voluntarios, varios pudieron incorporarse solamente a costa de renunciar a sus rangos. Esto también contribuyó a que hubiera bastantes personajes con entrenamiento militar, educación, e inclusive con un título nobiliario entre el grupo “austríaco”.

---

<sup>19</sup> La lista proviene de LUGHOFER, Johann Georg: *A császár új élete* [La nueva vida del emperador]. Gabo, Budapest, 2007, p. 242.

<sup>20</sup> RATZ, Konrad: *Tras las huellas de un desconocido: nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo*. Siglo XXI, México, 2008, p. 211.



## REACCIONES EUROPEAS

La leyenda de Justo Armas – Maximiliano comenzó a difundirse por el viejo continente debido a las investigaciones de Déneke tendientes a confirmar la autenticidad de las pertenencias de Justo Armas – por ejemplo las vajillas. Y a la difusión de la historia contribuyeron también publicaciones tanto impresas como electrónicas. De las primeras quisiera destacar la novela de un diplomático español, Santiago Miralles Huete (1962-), *La tierra ligera*. Gracias a su puesto en El Salvador, el autor conoció la leyenda de Justo Armas, e incluso estuvo en contacto con el propio Déneke. El resultado fue un relato histórico, situado en San Salvador en 1916, en el que, al rastrear el origen de una cajita de plata con las iniciales del emperador Maximiliano, también solucionaremos el enigma de Justo Armas. Además podemos aprender sobre cómo vivía la gente hace cien años, y tenemos la oportunidad de conocer a un Justo Armas octogenario y activo, por cierto visitado por unos enviados de la Monarquía Dual en el año indicado arriba [1916], según la leyenda, para suceder en el trono al moribundo Francisco José. El libro es de por sí excelente, pero quisiera mencionar dos puntos adicionales a su favor: 1) no pretende más de lo que es: *una obra literaria* y 2) en vez de simplemente repetir la leyenda Justo Armas – Maximiliano, y las indagaciones de Déneke, las coloca en su ambiente histórico. *La tierra ligera* fue el primer libro de Santiago Miralles Huete, y al parecer le permitió descubrir su vena de escritor.<sup>21</sup> Su subsiguiente trayectoria literaria podrían contribuir a popularizar su primera obra.

Otro escrito publicado sobre el tema es de un joven investigador austríaco, Johann Georg Lughofer.<sup>22</sup> Su libro *Der Kaisers neues Leben. Der Fall Maximilian von Mexiko*, se editó en Viena en 2002. Comienza con un resumen sobre la situación mexicana del siglo XIX, seguida por la llegada de Maximiliano al país, la breve historia del imperio, y finalmente por la caída de ambos, detallando tanto el final oficial, esto es, la ejecución en Querétaro, como el final alternativo, la leyenda de Justo Armas, con base en las ideas de Déneke. La traducción al húngaro vio la luz en 2007.

En general, se podría decir que la reacción en el viejo continente tiende a ser menos negativa y menos tajante que la mexicana. Aquí no corren peligro mitos nacionales, y tanto la distancia cronológica como también la geográfica son suficientes para apagar posibles y encendidos sentimientos polémicos. En total, se entremezclan el exotismo, la crítica y una curiosidad ingenua en

<sup>21</sup> Obras: *La fuente de Orfeo* ( premio Río Manzanares de novela en 2000), *La ONG* (2003), *Dos mil Madrid cincuenta y cuatro* (2004), *La lengua de Dios* (2005) y *El Círculo Leibniz* (2006).

<sup>22</sup> Nació en Linz en 1974. Estudió lengua y literatura alemana, historia, politología y filosofía. Tuvo una formación internacional (Viena, Granada y Niza), seguida por lugares de trabajo y/o investigación internacionales en Eslovaquia, Hungría, China y México.

la respuesta europea. Según parece, ni siquiera los Habsburgos se abstienen de participar en las investigaciones. Naturalmente no abrieron la cripta de los capuchinos en Viena, pero ofrecieron pruebas de ADN de un miembro vivo de la familia.<sup>23</sup>

## CONCLUSIONES

La leyenda de Justo Armas – Maximiliano, está cada vez cobrando más vida. Desconsiderando las evidencias y contraevidencias históricas, la atracción que ejerce es innegable. Se trata de una historia donde dos enemigos son capaces de ponerse de acuerdo, donde la palabra dada es incuestionable y dura toda la vida, y sobre todo, donde un mortal es capaz de vencer a la muerte.

## TEXTOS SELECCIONADOS

Egy halálra ítélt császár utolsó napjai, IN: *Magyarország és a Nagyvilág*, IV, 1868, núm. 27, pp. 321-324.

LAMPERTI, John: Who Was Justo Armas?, IN: página de Dartmouth College, [http://www.math.dartmouth.edu/~lamperti/Justo\\_Armas.html](http://www.math.dartmouth.edu/~lamperti/Justo_Armas.html), bajado de Internet el 15-03-2010.

JANCSÓ Katalin, Magyarok Habsburg Miksa, Mexikó császáranak szolgálatában. Külföldi csapatok Mexikóban a II. császárság idején, IN: *Tiszatáj*, 2011, núm. 1, pp. 72-79.

LUGHOFER, Johann Georg: *A császár új élete*. Gabo, Budapest, 2007.

Miksa császár mint író, IN: *Magyarország és a Nagyvilág*, III, 1867, núm. 40, p. 473.

MIRALLES HUETE, Santiago: *La Tierra Ligera*. Ediciones de la Discreta, Madrid, 2000.

RATZ, Konrad: *Tras las huellas de un desconocido: nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo* (México: Siglo XXI, 2008).

SZENGER, Ede, Miksa császár halála, IN: *Magyarország és a Nagyvilág*, XIII, 1876, núm. 25, pp. 383-389.

SZENTE-VARGA Mónika, Cuadros estadísticos sobre enfermedades en México en la obra de Ede Szenger *El altiplano de México desde un punto de vista fisiológico y patológico*. Observaciones de un médico húngaro, IN: CD del IX Congreso Nacional y IV Internacional de Historia y Filosofía de la Medicina, Puebla, México, 2006.

---

<sup>23</sup> Según mencionan las siguientes fuentes, VALDELOMAR, Rosa, El archiduque Maximiliano no fue fusilado: murió en El Salvador con 104 años y con nombre de Justo Armas, IN: *ABC*, España, 4-03-2001, p. 47; PATIÑO, Norma: ¿Y si Maximiliano no hubiera muerto?, IN: *Milenio*, México, <http://impreso.milenio.com/node/8688092>, bajado de Internet el 15-03-2010 y Los pasos científicos, IN: *La Prensa Gráfica, Revista Dominical*, <http://archive.laprensa.com.sv/20070323/dominical/736630.asp>, bajado de Internet el 15-03-2010.